I Trimestre de 2012
Vislumbres de nuestro Dios

Lección 5
4 de Febrero de 2012

La santidad de Dios

Gilberto G. Theiss

La santidad de Dios es algo completamente inexplicable. Por más que intentemos utilizar palabras o dimensionar pensamientos al respecto, jamás llegaremos a una comprensión clara de lo que significa realmente la santidad de Dios. Los propios ángeles, tal vez, sean incapaces de definirla con precisión, puesto que las criaturas no pueden comprender la verdadera dimensión, extensión y longitud del carácter de Aquél que no tiene principio ni fin. Conocer plenamente la santidad de Dios es imposible, así como es imposible vivir en el sol. La grandeza del Ser Divino supera cualquier intento de explicarlo o siquiera imaginarlo.

Sin embargo, la Biblia hace mención de la santidad de Dios en un lenguaje apropiado a nuestra comprensión. No obstante, aún en esas descripciones de la Revelación, las informaciones son un tanto limitadas. Algunas veces la santidad es presentada según los moldes de la bondad, el amor, la misericordia; mientras que en otras se presenta según los moldes de la omnipotencia, gloria y majestad.

El tema es extenso y tal vez ilimitado, y a nosotros nos corresponde, según lo que se nos ha sido revelado, cavar lo más profundo posible con el objeto de entender mejor la grandeza de Aquél que nos trajo a la existencia. Dios existe, y la propia existencia de la vida, ya sea en la naturaleza o en la raza humana, sea una prueba contundente de su majestad, grandiosidad, inteligencia y santidad.

“Escrito está”
Jeremías 7:1-3

Se cree que la historia convencional, relatada por los diversos historiadores en el transcurso del tiempo, es un registro de los acontecimientos y hechos de los hombres, naciones, tribus sobre la base de una interpretación no demasiado fiel de los hechos. Posiblemente los relatos históricos fueron influenciados por la interpretación o forma de ver el mundo de cada historiador. Esto significa que, aún siendo verdadero, ningún registro histórico puede ser completamente confiable desde el punto interpretativo. Este mismo problema es atribuido al registro bíblico por los especialistas críticos modernos no cristianos. Ellos creen que las historias bíblicas probablemente fueron escritas bajo el molde de la visión y manera de interpretar los hechos de los propios profetas y apóstoles.

Sin embargo, aunque pueda haber algo de sentido en este planteo, tenemos que tener en cuenta que la Biblia no es un libro meramente histórico, aún cuando posea muchos relatos históricos. La Biblia, a diferencia de los demás libros convencionales, es la Palabra de Dios, orientada por el Espíritu Santo. La gran señal que diferencia la Biblia de los

demás registros históricos es que puede ofrecernos alguna seguridad en el hecho de que la inspiración sería capaz de proteger los relatos de los preconceptos de los escritores bíblicos. Ellos no escribieron usando un criterio profesional, lo hicieron porque Dios los llamó a una actividad, misión o función específica. No fueron historiadores, sino profetas guiados, orientados e impulsados por el Espíritu Santo. No escribieron a través de un proceso de dictado continuo; recibieron visiones, sueños y orientaciones, y las escribieron utilizando nada más que su propio lenguaje y vocabulario. El "escrito está", o el "así dice Jehová", son las marcas registradas de la inspiración y de la protección de lo que estaba por ser materializado en "papel". La marca de la autoridad de las Escrituras y de la confiabilidad de la Biblia, es la operación constante del Espíritu Santo y la confirmación a través del "Escrito está".

Para ser puestos aparte
Génesis 2:3

¿Qué definición de santidad hemos comprendido en nuestros días? Una mala comprensión del pecado puede conducirnos a una falsa comprensión de la santidad. Elena G. de White considera que "Satanás emplea todos los medios para popularizar delitos y vicios degradantes… [La] mente se familiariza con el pecado. La conducta que siguen personas bajas y viles le es recordada de continuo en las noticias de los periódicos del día, y todo lo que puede excitar la curiosidad y despertar las pasiones animales se presenta mediante historias emocionantes y excitantes". [1] Esto significa que el relativismo, el secularismo y el existencialismo han moldeado el mundo para que no perciba las importantes diferencias que hay en el ámbito del carácter y la moral. Las religiones cristianas y no cristianas están siendo engullidas por una mala comprensión del pecado, y por consiguiente están siendo conducidas a una equivocada comprensión de la santidad delante de Dios.

La Biblia presenta a la santidad como una separación. En la creación, de parte de Dios, el séptimo día fue separado de los demás y dotado de significados espirituales que ninguno de los otros días sustenta. Cuando Moisés se acercó a la zarza ardiente (Éxodo 3), Dios le pidió que se quitara las sandalias de sus pies, pues el lugar era santo. En Levítico 20:7 encontramos un llamado para que todo el pueblo se santificara. La comprensión de la santidad parece estar directamente ligada a la definición proporcionada por Dios y no a la del hombre. Si esto es un hecho, entonces debemos tener mucho cuidado para no imponer nuestros propios conceptos o criterios acerca de la santidad.

El sábado fue separado por Dios para fines específicamente espirituales y la presencia de Dios y su ejemplo en el descanso de este día son lo que lo convirtieron en especial y santo. Su presencia especial no fue apenas como acto inaugural, sino permanente en todo ese séptimo día. El lugar donde se encontraba la zarza ardiente también hacía que el lugar fuera santo porque allí Dios estaba presente.

La santidad que Dios pide de su pueblo, además de la separación de las cosas triviales y mundanas, es un llamado a buscar la presencia transformadora de Dios en su vida. Estar separado va más allá del simple acto de ser apartado para algo, sino llenar la vida con la voluntad, deseos y gustos de Dios en detrimento de los nuestros. Ser santo significa aprender a amar lo que Dios ama y odiar lo que Dios odia, permitiendo que su

---

[1] Elena G. de White, *Joyas de los testimonios*, tomo 1, p. 398.

carácter sea impreso en nuestra vida a través de la obra del Espíritu Santo. De este modo, seremos apartados para propósitos espirituales y santos.

Arrepentirse en saco y ceniza
Job 42:5, 6; Daniel 10:5-8

Se ha vuelto común escuchar a personas decir que debemos ser perfectos exactamente como Cristo. Aún cuando yo crea plenamente en el proceso de la santificación, niego terminantemente la idea de la perfección absoluta como la de Cristo. Ni siquiera los ángeles son perfectos como Jesús. Nadie puede igualarse a la perfección del propio Dios. Esto es completamente imposible para las criaturas, aún para los ángeles. La perfección es progresiva, podemos ser semejantes a Cristo en carácter, pero jamás iguales. No estoy haciendo una apología de la imperfección –obviamente– sólo mostrando que las criaturas somos eso, criaturas. Dios es Dios, y esa idea de ser exactamente igual a Dios es la doctrina que nació en el ámbito espiritista. Debemos tener nítidamente la comprensión del abismo que existe entre nosotros y la santidad de Dios. Aún cuando el carácter de Cristo esté siendo impreso gradualmente en nuestra vida, aún siendo semejantes a Dios en carácter, aún así el abismo entre nosotros será muy real. Aún los ángeles del cielo se admiran al contemplar el carácter y la perfección divinos, y con nosotros no debiera ser diferente al contemplar la dimensión, la longitud y la anchura del amor y el carácter divinos.

Los profetas que poseían un carácter íntegro y fueron puros de corazón, al contemplar en visión a Jehová, muchos de ellos cayeron de tierra, atónitos y completamente dominados por la admiración. Notemos esta fuerte declaración del siervo de Dios: "Cuando Jacob despertó de su sueño, dijo: Ciertamente el Señor está en este lugar, y yo no lo sabía. Tuvo miedo y dijo: ¡Cuán venerable es este lugar! No es otra cosa que casa de Dios y puerta del cielo" (Génesis 28:10-13, 15-17).

Nuestra búsqueda de la perfección debe ser coherente con la voluntad demostrada en los actos de glorificar y honrar al Señor en nuestra vida. Amar a Dios significa desear manifestar en nosotros su carácter. En la medida en la que seamos transformados a su imagen y semejanza, más nítido será para nosotros cuán pequeños e indignos estamos delante de Él.

"¡Apártate de mí!"
Lucas 5:1-11

Qué experiencia grandiosa la de Pedro al contemplar el milagro de Cristo luego de una pesca imposible de lograr en aquella noche. El conocía muy bien la situación, pues era un pescador experto. Ante el milagro de Jesús, quedó tan maravillado que percibió la gran incredulidad que había en su corazón: "Pedro estaba maravillado con el divino poder de su Maestro a la vez que se sentía avergonzado con su pecaminosidad e incredulidad. Sentía que estaba en la presencia del Hijo de Dios y no se sentía digno de tal compañía. Impulsivamente se arrojó a los pies de Jesús, exclamando: "Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador", pero a la vez se aferraba a los pies de Jesús, no deseando que el Salvador tomara sus palabras textualmente". [2]

---

[2] Elena G. de White, Folleto, *Redemption: or the Teachings of Christ, the Anointed One,* pp. 37.

En verdad, eso era todo lo que Jesús debió haber querido escuchar ese día, el reconocimiento de la insignificancia de Pedro. Su humillación y reconocimiento fue exactamente lo que el Espíritu Santo necesitaba para obrar en su vida. Pedro reconoció que era un gran pecador y, para su felicidad, allí estaba delante de suyo el Salvador.

Nuestra vida no debe estar pautada por experiencias diferentes a las de Pedro. Como él, debemos reconocer nuestra pequeñez, y construir en nosotros el sentimiento de completa dependencia de Dios. Mirando a la dimensión de la bondad, la compasión, el amor y la justicia de Cristo es que seremos capaces de percibir cuán indignos y necesitamos estamos de un Poder que está más allá de nosotros.

Cuando hablan los demonios

Lucas 4:31-46; Apocalipsis 4:8, 9

Es interesante este planteo de la autora de la Guía de Estudio, ver que los ángeles caídos se humillarán delante de Dios reconociendo su santidad, cuando en verdad podrían despreciarla puesto que son ángeles rebeldes. ¿No debiera esto servirnos de advertencia? Si los propios ángeles caídos serán capaces de temer a Dios, ¿por qué muchos de nosotros no hacemos lo mismo?

Debemos saber que sólo un encuentro genuino con Cristo es lo que nos hará capaces de vislumbrar su real esencia y la nuestra. La vida de todos los profetas, luego de contemplar la gloria de Dios, nunca fueron las mismas. A veces deseamos ver la gloria de Dios, pero la pregunta que debiéramos hacernos es: ¿Estamos aptos y listos para contemplarlo?

Sería interesante que oráramos sin cesar pidiéndole a Dios que nos conceda una visión espiritual de modo que lleguemos a comprender su santidad y sus designios. Aunque pecadores, frágiles y orgullosos, tenemos la tendencia a actuar como si no lo fuéramos. La vida cristiana es seria y debemos ser conscientes cuán caro nos puede costar sostener ese título ante un Dios santo de manera irresponsable. Notemos con atención esta poderosa declaración y reflexionemos en su mensaje: “Quisiera hacer comprender a la iglesia cuán terrible es profesar ser cristianos mientras que… son de un carácter tal que se ajustan a los planes de Satanás”. [3]



Gilberto G. Theiss

Traducción: Rolando D. Chuquimia
RECURSOS ESCUELA SABÁTICA ©

RECURSOS ESCUELA SABATICA
http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica
http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es
Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática

[3] Elena G. de White, Manuscrito 10, 10de junio de 1892; citado en *Alza tus ojos*, p. 173.